

Todo funciona

ANTONIO DIÉGUEZ

CATEDRÁTICO DE LÓGICA Y FILOSOFÍA DE LA CIENCIA DE LA UMA

Es necesario que todo sea rentable a corto plazo, que no sea una carga para nadie, sino una fuente de beneficios rápidos. Y para ello hay que competir, hay que ser más eficientes que el rival



«**T**odo funciona, eso es lo inhóspito, que todo funciona». Lo dice Heidegger, uno de los grandes pensadores del siglo XX, en una entrevista que le hacen en 1966. Pero ¿cómo se puede decir algo así? ¿No estamos comprobando con esta crisis interminable que lo terrible sería que las cosas dejaran de funcionar, en particular todo aquello que ha constituido la base del estado de bienestar? ¿No es maravilloso abrir la puerta de casa por la mañana y comprobar que el autobús escolar sigue pasando a su hora, que el panadero tiene abierto desde bien temprano, que nos esperan en el trabajo con las rutinas consabidas, y que, si bien de forma renqueante, nuestras instituciones consiguen cumplir su función?

En sus gustos y costumbres Heidegger era un provinciano declarado, y habría sentido un vértigo paralizante si una mañana se hubiera encontrado con que el mundo que conocía había dejado de funcionar. Y, sin embargo, se hizo miembro del partido nacionalsocialista, poniendo así su granito de arena en el derrumbe de ese mundo. Heidegger no tenía nada serio que objetar al funcionamiento del mundo tradicional, el de los panaderos, las viejas instituciones sociales, e incluso los autobuses (aunque mejor los tranvías). Todo lo contrario, eso le proporcionaba la sujeción a la tierra que tanto anhelaba. Lo que le parecía un destino peligroso, y sobre cuyo desenlace nada podía hacerse, era el funcionamiento arrollador del complejo sistema técnico en el que vivimos inmersos; el dominio que ha tomado en todos los aspectos de la existencia un modo de pensamiento basado en el control, la planificación, la eficiencia, el cálculo de posibilidades y la cuantificación de lo útil. Pensaba que la democracia,

lejos de ser la solución a ese dominio, era una de sus consecuencias, y, por tanto, una forma política incapaz de afrontar el desafío que la técnica representaba. La naturaleza, la política, la cultura, los ideales se han vuelto objetos de producción dispuestos para el consumo y nada podemos hacer al respecto. Nuestro Unamuno quiso ser más castizo y enérgico sobre esto mismo cuando le soltó por carta a su médico: «Me cago en el vapor, en la electricidad y en los sueros inyectados». Aquí siempre hemos sido más tabernarios en nuestras filosofías.

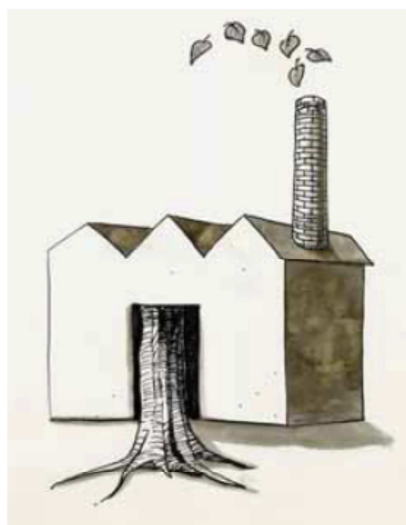
No soy amigo de interpretar el mundo contemporáneo con las lentes heideggerianas puestas. Sobre este asunto del desarrollo tecnológico y de sus implicaciones sociales prefiero las reflexiones menos radicales pero más atinadas de Ortega, quien además no estaba peleado con la democracia. Pero hay que reconocerle a cada uno lo suyo, y no es un mérito menor el haber señalado que lo que ha conducido al nihilismo que impregna desde hace décadas a las sociedades económicamente más desarrolladas ha sido el dominio de una forma de pen-

sar en la que el fin último es que todo funcione, en el sentido más prosaico del término.

El dominio de esta forma de pensamiento tiene una de sus manifestaciones públicas más visibles en la extensión del criterio de eficiencia económica como patrón último de medida. Es necesario que todo sea rentable a corto plazo, que no sea una carga para nadie, sino una fuente de beneficios rápidos. Y para ello hay que competir, hay que ser más eficientes que el rival. Hay que producir más, en menos tiempo y con menos gastos.

Todos hemos visto cómo esta mentalidad ha calado hondo desde hace tiempo en un amplio sector de los gestores políticos; más aún si cabe tras estos años de crisis. Y así se nos quiere convencer de que un hospital, un colegio o una universidad son en última instancia empresas, y deben ser gestionadas como tales. Deben ser económicamente eficientes por encima de todo. Deben aumentar sin pausa alguna su productividad; lo demás es accesorio. Y hay, por tanto, que medir si está alcanzando o no ese objetivo. Se hacen auditorías en hospitales, los colegios concursan en esa versión contemporánea de 'Cesta y puntos' que es el informe PISA, y las universidades aparecen retratadas en rankings elaborados con metodología discutible solo para que así puedan ser desmanteladas sin pudor si no están a la altura. Y lo más triste de este asunto es que esta mentalidad ha sido asumida como natural también por los que más padecen sus efectos. ¿Qué va a hacer una universidad que se precie sino intentar estar entre las cien mejores del mundo? ¿Hay que seguir derrochando dinero en ella si ni siquiera hace nada para conseguirlo?

El mero hecho de que haga aquí estas preguntas a modo de preguntas retóricas ya hace a este texto sospechoso de complicidad con la molicie. Aclaro, pues, que no estoy diciendo que no haya que mejorar los hospitales, los colegios, las universidades y, ya puestos, los chiringuitos de playa. Lo que intento señalar es que habría que pararse a discutir antes con algo de calma qué consideramos que es 'lo mejor' en cada caso y por qué razones. A discutir si la rentabilidad económica y el servicio al mercado (también al laboral) lo es todo. Cabe la posibilidad de que descubramos, ahora que hay cosas que están dejando de 'funcionar' en el sentido descrito, que es mejor que no funcionen así; que los objetivos que les habíamos marcado estaban equivocados y por eso las hemos puesto en una situación insostenible; y sobre todo, que el mero hecho de que haya conatos de resistencia a utilizar como metro la eficiencia tecno-económica es ya un valor que no adopta una forma calculable y alimenta la esperanza de que podamos alguna vez dar un sentido menos dañino a la palabra 'progreso' y más genuino a la palabra 'calidad'. Pero no me hago ilusiones.



pechoso de complicidad con la molicie. Aclaro, pues, que no estoy diciendo que no haya que mejorar los hospitales, los colegios, las universidades y, ya puestos, los chiringuitos de playa. Lo que intento señalar es que habría que pararse a discutir antes con algo de calma qué consideramos que es 'lo mejor' en cada caso y por qué razones. A discutir si la rentabilidad económica y el servicio al mercado (también al laboral) lo es todo. Cabe la posibilidad de que descubramos, ahora que hay cosas que están dejando de 'funcionar' en el sentido descrito, que es mejor que no funcionen así; que los objetivos que les habíamos marcado estaban equivocados y por eso las hemos puesto en una situación insostenible; y sobre todo, que el mero hecho de que haya conatos de resistencia a utilizar como metro la eficiencia tecno-económica es ya un valor que no adopta una forma calculable y alimenta la esperanza de que podamos alguna vez dar un sentido menos dañino a la palabra 'progreso' y más genuino a la palabra 'calidad'. Pero no me hago ilusiones.